



APÉNDICE SOBRE LOS ESCRÚPULOS

Creemos oportuno añadir á nuestro libro unas cuantas páginas sobre los *escrúpulos*, para responder á la mayor parte de las objeciones que de ordinario suelen hacer las personas *escrupulosas*.

Estas páginas serán muy útiles, como ya lo hemos dicho, principalmente á las almas piadosas á quienes Dios envía esa prueba; lo serán también, aunque indirectamente, á las que por temperamento son propensas á los *escrúpulos*; y podrían serlo á esas desventuradas para quienes los *escrúpulos* son un castigo de su habitual flojedad y negligencia si aun les restase bastante humildad para reconocerse y para desconfiar á lo menos de su modo de ver.

EL DIRECTOR

Dicen los santos Padres que el *escrúpulo* es un veneno destructor de la verdadera piedad.

En efecto; seca el corazón con vanas y enojosas discusiones; atormenta el espíritu con mil crueles inquietudes y enerva todas las potencias del alma, privándola de toda actividad para el bien. Extingue el fervor y el celo; quita el gusto de las virtudes sólidas; debilita la fe, la esperanza y la caridad, y engendra toda clase de ideas falsas, injustas y monstruosas de la Divinidad. Hace la vida espiritual tan dura, amarga é intolerable, que se corre peligro de abandonarla muy pronto para precipitarse en la relajación. Hace notable agravio á la religión, poniendo en ridículo la devoción en general. Aun no lo he dicho todo; pero sí lo bastante para hacer ver á los *escrupulosos* que, en conciencia, están obligados á tomar todos los medios propios para curarse de un mal tan pernicioso aun á su salvación.

He aquí algunas máximas que deben mirarse como otros tantos específicos contra los *escrúpulos*:

1.^a Estar bien persuadido de que no tiene suficientes luces para juzgar con acierto de su estado.

2.^a Someterse en todo á la dirección de un confesor piadoso, sabio, prudente y experimentado.

3.^a Creer firmemente que, aun cuando el confesor se engañase en materia grave, el penitente no pecaría siguiendo sus consejos, á menos que no fueran evidentemente contrarios á la ley de Dios.

4.^a No pararse nunca á examinar si lo que prescribe el confesor es contrario á la ley di-

vina, porque eso debe aparecer á primera vista sin necesidad de tantas reflexiones, cuyo resultado es casi siempre la desobediencia, que es el mayor pecado de los escrupulosos, el más ordinario, el único de que no se acusan.

5.^a Cuando se advierta que la imaginación empieza á calentarse sobre materias de escrupulos, es preciso ocuparse en asuntos más sólidos, porque los escrupulos se aumentan si se les da oídos.

6.^a Partir del principio que el escrupuloso no está obligado á examinar su conciencia con tanto rigor como los demás, ni á confesarse de todo lo que le parece pecado; de tal modo le ofusca la razón un temor excesivo, que no puede ni debe juzgar sobre la naturaleza de sus faltas. No tiene motivo para creer que son mortales, dicen los más sabios Doctores, sino cuando está dispuesto á jurarlo sobre los santos Evangelios.

7.^a Hacer todo lo contrario de lo que dictan los escrupulos en los casos en que lo prescribe el confesor.

8.^a Guardarse muy bien de consultar sobre las dudas ya con una persona, ya con otra, porque esas múltiples consultas sólo sirven para entretener la flaqueza y pusilanimidad.

9.^a Ser muy exacto en el desempeño de todos los deberes exteriores, procurando estar siempre muy ocupado. La ociosidad fomenta los escrupulos, y aun á veces los engendra.

10. Tratar con personas virtuosas, no para molestarlas con la incesante relación de las penas, inquietudes y congojas que siente, sino

para tomar de ellas lo mejor de su carácter, conocer su modo de obrar, asimilarse su espíritu é irse formando poco á poco en su criterio y ejemplos.

11. Recurrir á Dios antes que al confesor. La oración es la salud del alma: una súplica fervorosa disipa las nubes, calma la tempestad, ilumina la inteligencia, devuelve la paz al corazón.

12. Sobre todo mirar á Dios como á un padre, el padre más compasivo, tierno, afable, indulgente, generoso; un padre más celoso de nuestra felicidad que nosotros mismos; el primero y el mejor de los padres.

I

Primer escrupuloso.

¡El mejor de los padres! Preciso es confesarlo; pero también hemos de convenir en que es al mismo tiempo nuestro juez, y juez formidable; un juez perspicaz á cuya penetración nada se escapa; un juez severo que todo lo castiga; un juez vigilante que jamás nos pierde de vista; un juez infinitamente santo que no tolera la menor mancha, la más leve imperfección. ¡Ay! ¡qué terror me infunde su justicia! En todas partes me persigue, me amenaza, me acosa con tanta violencia que ni tiempo me deja para respirar.

El director.

¿No podrían proceder esas inquietudes y temores de los remordimientos de conciencia, que te acusa tal vez de faltas pasadas que no te has atrevido á confesar?

El mismo escrupuloso.

No, padre; no creo haber callado nunca á sabiendas falta alguna, porque desde niño he tenido grandísimo horror al sacrilegio.

El director.

Prueba manifiesta de la bondad de Dios para contigo. Sospecho que la causa de tus alarmas y terrores sea la melancolía, que te representa al Señor como un juez inexorable. Sin embargo, no lo es en esta vida, puesto que el mundo entero es el teatro de sus misericordias, y todos los siglos son testigos de las maravillas que obra para convertir á los más grandes pecadores. Dios es terrible para los malos que le provocan, pero no para los justos que le aman. ¿Quién puede poner en duda el amor que nos tiene después de lo que ha hecho y padecido por nosotros? Deja, pues, esos temores exagerados, y procura desterrar cuanto antes ese humor de melancolía, ese espíritu de tristeza contrario al espíritu de Dios, cuyo reino, como dice san Pablo, consiste en la paz, el gozo y la justicia. No leas libros que ense-

ñen una moral exageradamente rigorista; su lectura te haría mucho daño. A imitación de san Ambrosio, debes mirar á esos autores como á ignorantes que no conocen la fragilidad de la naturaleza humana. Procura estar siempre sosegadamente ocupado á fin de evitar á todo trance la ociosidad, que suministra al espíritu de las tinieblas ocasión oportuna para difundirlas en nuestra alma. Creo que no te conviene la soledad, y harás muy bien en frecuentar el trato de personas piadosas é ilustradas, cuya conversación amena é interesante disipa la tristeza y la melancolía. Así es como los coloquios de santa Teresa llenaban el corazón de gozo y consuelos celestiales. Siguiendo el consejo de san Pablo, puedes entretener los ratos de ocio cantando salmos, himnos y otros cánticos de la Iglesia. Los profetas empleaban la música para elevar el alma y disponerla á recibir las inspiraciones de la Divinidad.

II

Segundo escrupuloso.

Hace algunos años que hice confesión general; pero como antes había traído una vida muy libre y desordenada, después de mi conversión me vienen á la memoria la mayor parte de mis culpas pasadas con circunstancias agravantes, en que sospecho no haber reparado

al hacer dicha confesión, y me parece que debo renovarla para tranquilidad de mi conciencia.

El director.

¿No tenías conocimiento de tus deberes cuando te propusiste mudar de conducta? ¿No te convertiste á Dios con toda la rectitud y sinceridad de tu corazón? ¿No confesaste de buena fe todos tus pecados y sus principales circunstancias, como entonces las conocías? ¿No te prescribió el confesor cierto tiempo de prueba, durante el cual has podido subsanar despacio todas las omisiones y descuidos, y ejercitarte en actos de contrición?

El mismo escrupuloso.

Creo que efectivamente ha pasado todo como usted dice. Pero, á pesar de todo, me queda siempre en el fondo del alma una duda que me atormenta. En una palabra: temo vivir engañado, y sólo con una nueva confesión puedo adquirir la certidumbre necesaria para quedar tranquilo en un negocio de que depende la salvación.

El director.

¿Y de cuándo acá tienes esa duda?

El mismo escrupuloso.

Hace cerca de un año que estoy pidiendo al confesor que me saque de esta pena; pero, so

pretexto de que me conoce, se niega rotundamente á oír hablar de nueva confesión general. Aunque le aprecio mucho por su celo, me veré obligado á dejarle, porque padezco horriblemente por no poder echar de mí esta carga que me agobia.

El director.

Es decir que entre la confesión general y los escrúpulos ha mediado un espacio de tiempo considerable, durante el cual no has sentido inquietud ni remordimiento: cuando precisamente en ese tiempo, por ser los hechos más recientes y estar más fresca la memoria, te hallabas en disposición de juzgar con más cordura y acierto. Convéncete de que tus alarmas son infundadas; tienes desde luego toda la seguridad que es posible tener. A fuerza de ceder á las inquietudes que te agitan, te haces esclavo y víctima de ellas: se renovarán de seguro al cabo de algunos meses: crecerán y se multiplicarán á medida que les des importancia. Una nueva confesión sólo serviría para recordar, no sin peligro, lo que la prudencia aconseja olvidar; para volver de nuevo al primer paso de tu conversión; para retardar los progresos que debes hacer en la virtud; para mantener la ilusión que hace consistir el mérito y la pureza del alma en la minuciosa exactitud de decirlo y explicarlo todo en la confesión; para sugerir y fomentar ese espíritu de temor servil, indigno de los hijos de la luz, á quienes caracteriza una noble y santa libertad.

III

Tercer escrupuloso.

Á mí no me atormentan las confesiones pasadas, sino las actuales. Aunque empleo mucho tiempo en el examen y hago todo lo posible por no olvidar nada, siempre me ocurre algo nuevo, precisamente mientras el confesor me está dando consejos ó me absuelve; muchísimas veces, después que he recibido la absolución y me he retirado del confesonario; de manera que me veo obligado á volver casi en seguida, ó para repetir la confesión, ó para añadir lo que creo haber omitido, ó para pedir consejo con motivo de las nuevas dudas y dificultades que me ocurren. ¿Estará escrito que yo no he de sacar jamás sino inquietud y confusión de un Sacramento en donde los demás hallan paz y consolación?

El director.

Tú recoges el fruto de lo que siembras. Si yo fuese tu confesor, te aconsejaría desde luego abreviar los exámenes: haciéndolos con frecuencia no han de ser largos. ¿Tanto tiempo necesita una persona de sano juicio para conocer lo que hay de importante en su interior? Después te obligaría á ser preciso, exacto y sucinto en la confesión de tus faltas, porque la redundancia y exceso de palabras sólo sirve para embrollar las ideas. Concluída la confe-

sión, te recomendaría que no pienses sino en oír mis advertencias y consejos, y que después de la absolución no te ocupes en lo que ya no hace al caso, y que te hace perder el fruto del Sacramento. Procuraría hacerte ver que el mérito de las confesiones no depende de la fidelidad de la memoria, sino de la rectitud del corazón y de la sinceridad del arrepentimiento. Te prohibiría además repetir las confesiones, y si volvías á la carga so color de nuevas dificultades, hijas de una imaginación sobresaltada y temerosa, yo les opondría siempre la misma calma y la misma seguridad. En fin, si no desistías, tus instancias degenerarían en terquedad, y en ese caso te rogaría humildemente que te retirases, y el silencio sería la última respuesta á tus inagotables dudas é inquietudes. En efecto; ¿qué se ha de hacer con un espíritu indócil, ciego y orgulloso hasta el punto de preferir su opinión al parecer de los más sabios moralistas? Pues enseñan éstos que, aun cuando se expusiera un escrupuloso á no confesar un pecado mortal que duda ó teme no haber declarado, no pecaría si deja de confesarle porque el confesor se lo manda.

IV

Cuarto escrupuloso.

Yo no consigo hacer un solo acto de contrición que me tranquilice y en que pueda tener alguna confianza. En vano invoco al Angel de

la guarda y á todos los santos del cielo. Al cabo de una hora de esfuerzos, de gemidos y de torturas me encuentro tan insensible como al principio.

El director.

¿No has visto en el libro de la *Imitación* la inquietud de una alma que exclama: «¡Ah, si yo estuviese segura de que soy del número de los predestinados!» Una voz del cielo le contesta: «¿Qué harías si tuvieras esa certidumbre? Pues hazlo desde ahora.» Tu disposición es poco más ó menos la misma. Tú querías tener completa seguridad de tu contrición, y no es de presumir que Dios envíe expresamente á un ángel que te revele ese misterio. Pero baste para tu tranquilidad el cuidado y diligencia que pones con prudente moderación para excitarte á un verdadero dolor de tus pecados, y lleno de noble confianza preséntate al sagrado tribunal. Es de fe que Dios jamás rehusa la gracia de la contrición al penitente que con humildad la solicita y que de todo corazón renuncia al pecado. ¿Qué más quieres para calmar tus alarmas?

El mismo escrupuloso.

Permítame usted que replique una palabra. ¿No es verdad que, en caso de duda respecto á las disposiciones esenciales que exigen los Sacramentos, debemos seguir la opinión más segura? Pues de este principio deduzco yo que

debo reiterar mis confesiones, puesto que me parece muy dudoso que haya tenido hasta ahora un dolor y arrepentimiento sincero y suficiente de mis faltas.

El director.

Y ¿qué vas á hacer para tener en lo sucesivo una seguridad más satisfactoria que la que has tenido para lo pasado respecto á la contrición? Convengo en que tenemos obligación de atenernos á lo más seguro en el caso que propones, cuando la duda es bien fundada; pero la tuya no lo es, y para ti en particular lo más seguro es no hacer caso de esas dudas. Si de veras buscas solamente la seguridad de conciencia, no necesitas otro oráculo que la decisión del confesor, ministro y representante de Dios. Desear más no es religión, sino extravagancia ó ilusión del amor propio: no es querer ser justo á los ojos del Señor, sino pretender serlo á tus propios ojos. No deseas tanto la pureza de corazón como las dulzuras de que va acompañada: aspiras á la paz del hombre solicitando la paz de Dios.

Pues ten por cierto que no tendrás ésta sino cuando lo esperes todo de su pura misericordia, y nada de tu propia justicia.

V

Quinto escrupuloso.

Deseando aspirar á la perfección, me dirigí á un sacerdote muy nombrado como director de las almas. Después de haberse enterado á fondo, como es razón, de mis hábitos y disposiciones, y de todo lo concerniente á mi interior, me fué introduciendo poco á poco, por decirlo así, en el santuario de la devoción por la vía de la oración y de la comunión frecuente. Sobre ésta vengo á exponer á usted mis inquietudes y temores. Fúndanse principalmente en tres razones, á las que no encuentro solución en el secreto de mi conciencia. Cuando pienso en la grandeza del acto más sublime que puede proponernos la Religión, en la preparación que exige el banquete de los mismos ángeles, y en todas las virtudes que se necesitan para asistir á él dignamente, temo familiarizarme demasiado con el augusto Sacramento comulgando con tanta frecuencia. Aumentan mis temores en vista del poco fruto que saco. Aunque muchas veces como el pan de los fuertes, me siento casi siempre igualmente débil y pusilánime, delicado y sensible, impaciente y vano, curioso y afanado, distraído y flojo en mis oraciones. No tengo afabilidad, mansedumbre, condescendencia, caridad, discreción, etc., etc. En fin, lo que acaba de confundirme es el ejemplo de muchos santos que no osaban permitirse lo

que con tanta facilidad se concede á un profano. Es indudable que respecto de mí se ha equivocado mi director de medio á medio, y yo no puedo resolverme á seguir este artículo de su moral.

El director.

Habría para formar un libro si se hubieran de alegar todas las razones en pro de la comunión frecuente; pero me contentaré con responder á las que aduces contra esa santa práctica.

1.º ¿Desde cuándo acá el omitir una obra es prueba de que se la estima en mucho? ¿Sería buen modo de hacer la corte á un príncipe, que quisiera darte pruebas inequívocas de su benevolencia, el rehusar sus obsequios y alejarte de él por respeto á su dignidad? Jesucristo te convida con muchísima frecuencia á su Mesa, y quiere ser El mismo tu alimento; ¿te parece que respondes bien á este exceso de amor, negándote á asistir por miedo, cortedad ó cobardía? Si el sentimiento de tu bajeza te aleja del divino banquete, ¿cuántos motivos más poderosos te obligan á llegarte á él! ¿Tan difícil es conciliar la gratitud con la humildad, el respeto con el amor? ¿La excelencia misma del beneficio únicamente ha de servir para autorizar tu ingratitud? Y si el deseo de un Dios es mandato para los que le aman, ¿qué deseo más manifiesto que el que tiene de unirse á nuestras almas para ser su alimento y su vida? ¿Y cómo han de bastar á tan amorosos

y magníficos designios unas cuantas comuniones? Dios conoce su grandeza y conoce tu nada, pero no te espantes: en la santa unión de esos dos extremos resplandece su gloria y triunfa su amor. Complácese en franquear la inmensa distancia que os separa, porque desea hacer prodigios para manifestar su ternura.

2.º En cuanto á las faltas que tú mismo te reprochas, suponiendo que te haces justicia, no puedo menos de exhortarte á que te esfuerces en ser más y más digno de los favores de Dios. Pero ¿sabes lo que pretendes hacer privándote de las comuniones? Pues intentas llegar á la perfección renunciando al mismo tiempo al motivo y al medio más eficaz de perfección; enmendarte de tus vicios suprimiendo las obras santificantes que más pueden contribuir á esa enmienda. Cuanto mayor sea la necesidad que tienes de gracias, tanto menos debes soñar en alejarte de la fuente misma de las gracias.

3.º En vano aduces también la autoridad de algunos santos que por largo tiempo se abstuvieron de la sagrada Eucaristía: son tan contados, que apenas hacen excepción á la regla. Casi todos los santos en general han debido su santificación á la frecuentación habitual de ese Sacramento, y las vías extraordinarias de algunos no deben tomarse por modelos. Debemos creer que esos célebres personajes obraron por inspiración divina: á nosotros toca obedecer á nuestros maestros en la vida espiritual.

VI

Sexto escrupuloso.

Dudo mucho, padre mío, que haya usted conocido nunca á una alma más afligida que la mía. ¿Podrá usted creer que no me es posible rezar ni hacer oración, y que me veo en la precisión de pedir dispensa de todos los rezos á que estoy obligado por estado y por voto? Para todo el mundo es la oración una fuente de gracias y consuelos; para mí es un martirio y ocasión continua de pecar. No hablo de otra cosa en la confesión. Tomo todas las precauciones para rezar como se debe; pero, á pesar de todo, en vano procuro ponerme en la presencia de Dios. Hago veinte veces seguidas la señal de la cruz, y como si nada....., las distracciones me asaltan en tropel. Busco á mi corazón para ofrecerle á Dios, y no le hallo: y si le hallo, huye. Le llamo y no viene: y si viene, se va en seguida. Le traigo á la fuerza, y se me escapa: trato de sujetarle, y se escabulle. Si por fin le retengo, ni se acuerda de Dios ni de mí. Le pregunto, y no me escucha: habla, y no se entiende. Tal es en pocas palabras mi oración. Añada usted á esto un disgusto horrible, un tedio mortal, esfuerzos que me acaban, una coacción que me abrumba, un dolor de cabeza que me desespera. Mi alma es á la vez una plaza pública para las distracciones y un árido desierto en cuanto á los buenos sentimientos. Así

se pasa una hora sin haber acabado un salmo. Empiezo otra vez, le repito, y es obra de nunca acabar.

El director.

En una palabra, haces cuanto es posible para arruinar la salud y perder el juicio. ¿Cómo ha podido caberte en la cabeza que Dios quiere eso de ti? Es un error el pensar que le desagradas porque cuando rezas no eres un ángel y sientes la flaqueza del hombre: error el creer que un deber tan suave exige tantas precauciones, sujeción, inquietud y tormento: error el tener por malo ó nulo todo rezo que no vaya acompañado de atención continua y de devoción sensible, que no está en nuestro poder: error el inquietarse por sequedades y arideces que hasta pueden aumentar el mérito de la oración, y que experimentaron san Bernardo, san Francisco, santa Teresa y todos los santos: error el interrumpir el rezo por una idea ó una tontería que cruza por la mente, y que no sería nada si no se le prestase atención: error el pretender evitar las distracciones deteniéndose en ellas: error el creer que estás alejado de Dios, con quien están el corazón y la voluntad á pesar de los devaneos de tu espíritu ligero y tornadizo: error, sobre todo, el repetir sin cesar lo que el Señor ha oído perfectamente una vez que tienes intención general de decirlo bien: error también, ó, mejor dicho, delirio y superstición, el degradar la majestad de las santas palabras pronunciándolas con pue-

ril afectación, arrastrando las sílabas y con otras mil atenciones tan molestas como minuciosas: error, por último, perjudicial á la salvación el desnaturalizar el rezo de tal manera que llegue á ser muy pronto una ley incompatible con la mayor parte de tus deberes, un yugo arbitrario, oneroso, ridículo, que aleja de la piedad y deshonorra la virtud. Lee, consulta y aprende que, para rezar bien, todo se reduce, en la práctica, á guardar los sentidos y dirigir el corazón. Recogimiento y amor: he aquí el resultado de todos los métodos de oración mental ó vocal: los que á eso no conducen, no son buenos.

VII

Séptimo escrupuloso.

Yo soy como un réprobo á quien persigue el infierno en todas partes. Los pensamientos más impíos y abominables contra Dios, contra la adorable humanidad de Jesucristo, me asedian con tal insistencia en la Misa, en el sermón, en el oficio, que tengo motivo para temer que el Señor me haya dejado de su mano en castigo de mi mala vida. Cuanto más me esfuerzo en combatir esas blasfemias, más se graban de un modo horrible en mi alma. Páreceme que no puedo calmar entonces la violencia y el exceso de la turbación que me agita sino profiriendo las palabras más injuriosas á la santidad de nuestros más venerandos misterios. ¿Y sería posible que yo no hubiese con-

sentido en todos esos horrores? Si he de juzgar por la desesperación que siento en el fondo de mi corazón, soy, por desgracia, muy culpable.

El director.

No lo eres, no: tranquilízate, y oye un principio claro, sólido y terminante, según el cual puedes y debes juzgar mejor de ti mismo. No, Dios no te imputará esas extravagancias que pasan en la imaginación y no en la voluntad. La prueba segura de que la voluntad no toma parte en todo eso es la pena y el disgusto que sientes; el horror y la consternación que te causa la simple sospecha de haber consentido. Si tu corazón estuviese abierto á las malhadadas sugerencias del infierno, reinaría en él pacíficamente el demonio: la violencia que te hace es prueba de que no ha entrado. Mira esas legiones de impíos de que está infestada la sociedad: ¿les pesa de las blasfemias que tienen continuamente en la boca y en el alma? Conviene, sin embargo, no combatir á brazo partido contra esa clase de pensamientos, que se multiplican ó se renuevan cuando se fija en ellos la atención mientras que, despreciándolos, pronto se borra hasta el último vestigio. Para tu consuelo debo añadir que los monstruos más horribles que pueda engendrar el negro abismo, lejos de hacer daño á tu alma y manchar tu conciencia, servirán, por el contrario, para purificarla más y más, y aumentar el caudal de tus méritos poniendo á ruda prueba la fe,

el valor y todas las virtudes, é induciéndote á tener más confianza en Dios.

VIII

Octavo escrupuloso.

Los asaltos que yo tengo que rechazar son en cierto modo más peligrosos que los dirigidos contra la fe. El tentador me atormenta de continuo en materia de castidad, y el espíritu inmundo me llena la imaginación de todo género de impurezas. Y como hay tan íntima correspondencia entre la imaginación y el entendimiento, y entre éste y la voluntad, que no alcanzo á discernir en qué se distinguen, temo siempre haber dado consentimiento á lo que he sentido con tanta viveza, intensidad é insistencia. ¡Cruel incertidumbre del estado de mi alma á los ojos de Dios, cuán amarga me haces la vida!

Escucha.

El director.

De esa tu incertidumbre deduzco yo con toda seguridad que no has dado verdadero consentimiento á las ilusiones que te asedian; ya porque el consentimiento supone plena aquiescencia ó adhesión del alma y absoluta determinación de la voluntad, y cuando hay esa aquiescencia y determinación ya no queda la menor duda acerca del consentimiento, y ya también porque con una conciencia tan deli-

cada, tan timorata, tan asustadiza como, al parecer, es la tuya, no se ha de creer que uno haya consentido libremente en un mal pensamiento si no está dispuesto á ratificarlo con juramento. Así lo declaran los maestros de la vida espiritual, y estoy convencido de que juzgaría como yo del estado de tu alma el que hubiera sido testigo de los esfuerzos que has hecho para rechazar los ataques de la concupiscencia. Esos gemidos, esos apretones de corazón, las contorsiones (permítase la expresión), los movimientos convulsivos que se observan en la mayor parte de los escrupulosos como tú, ¿son, por ventura, indicio de que se deleitan con un objeto halagüeño ó tienen allí sus complacencias? ¿Se manifiesta tanto horror hacia lo que se ama?

El mismo escrupuloso.

¡Ah! ¡no se fie usted de engañosas apariencias! Es indudable que casi siempre estamos en buena inteligencia con el pérfido enemigo de la inocencia y del pudor. Es una serpiente escondida entre flores, y en nosotros hay tanta fragilidad y tan peligrosa inclinación á todo lo que halaga á la naturaleza corrompida, que, al parecer, no triunfamos por completo de la seducción, y aun la victoria queda indecisa. ¿Y no es para hacernos temblar esta indecisión?

El director.

Para humillarnos, has de decir. Estaríamos muy engreídos si saliéramos del combate con

la íntima convicción del triunfo. Esa convicción nos iría inspirando poco á poco excesiva confianza en nosotros mismos, y descansaríamos tranquilamente en nuestra virtud. La experiencia de lo pasado respondería de lo por venir, y esa vana suficiencia nos perdería en la primera ocasión. Conviene, sí, conviene que aun nuestras victorias dejen en nuestro ánimo el sentimiento de nuestra flaqueza y el temor del peligro. Nos es provechosa la paz, pero la seguridad nos dañaría. Por eso Dios, que sabe lo que nos conviene, quiere llevarnos á la gloria por el camino de la humildad; y así, no debemos extrañar que en nosotros se deje sentir la naturaleza más que la gracia. Ni el mismo Apóstol de la gracia se vió libre de esa ley de los miembros que tanto le humillaba á sus propios ojos, á pesar de la grandeza de sus revelaciones. Contentémonos con que la gracia domine en la parte superior del alma. Lo que pasa en su región inferior nos avisa que estamos siempre en guardia y pongamos toda nuestra esperanza sólo en Dios. Los mayores santos no estuvieron exentos de nuestras tentaciones y miserias; pero supieron convertir en provecho de su humildad lo que tenían que sufrir de parte de su miserable origen. Aprendamos de ellos á despreciarnos mucho, y los escrupulos caerán con nuestra soberbia.

*
* *

Indudablemente no hemos respondido á todas las objeciones de los escrupulosos, ni tra-

taremos de hacerlo alargando estos diálogos, que podrían ser interminables. Terminaremos con un sencillo aviso, que ha devuelto la paz al alma de cuantos han querido seguirle: *Reza devota y humildemente el Rosario, pidiendo á María que te haga muy dócil y sumiso.* La oración á la santísima Virgen, oración hecha con humildad, confianza y perseverancia, es remedio infalible contra toda clase de escrúpulos, contra todas las penas, contra todas las tentaciones.

ÍNDICE

DE LAS MATERIAS DE ESTE VOLUMEN

SEGUNDA OBLIGACIÓN DE LA RELIGIOSA

Combatir.

CAPITULO PRIMERO

Necesidad que tienen de combatir.

	Páginas.
I. Todos los hombres en general:	
Por el estado en que se halla nuestra naturaleza	10
Por la multitud de enemigos que nos asedian...	12
II. La religiosa en particular.....	15

CAPITULO II

Manera de combatir.

I. Precaverse.....	20
1.º Mortificar los sentidos:	
La vista.....	22
La lengua.....	23
El gusto.....	25
El olfato.....	26
El oído.....	26
El tacto.....	27
En el recreo.....	27
El porte en general.....	28